

REPORTAJE RETROSPECTIVO (1)**EL POETA ES INMORTAL...**

(LUIS CHAMIZO)

A Mariquina y Félix, corazones y brazos eternamente abiertos, cuya amistad con Chamizo fuè entrañable, como prueba de devoción y afecto cordial.

EN el despacho estudio, arrellanado en la poltrona, al lado de una mesita de trabajo, pequeña y portátil, reposa el escritor consagrado. Llegan, tamizados por la altura y las persianas que cubren el amplio balconaje, los ruidos de la calle. El último rayo de sol de una tarde otoñal y templada penetra en la habitación y va a besar los pies del Cristo medieval, tosco y atormentado, que, sobre viejo repostero, preside la estancia. En las paredes hay anaquelерías rebosantes de libros, apiñados, asimismo, sobre la amplia mesa de despacho. Cómodos butacones, unos cuadros de firma, dos panoplias con armas antiguas, el bargueño taraceado en un rincón y, sobre la mesa, en los anaqueles, en las librerías, en todas partes, fotografías firmadas, dedicadas, de artistas, de escritores, de amigos, de devotos y entusiastas. Frente a la mesa ministro, una caricatura acertada muestra, casi desnuda, el alma del escritor, apenas velada por los trazos maliciosos del lápiz. Un montón de impolutas cuartillas está sobre la mesa...

Conducido por una mano amiga, ha llegado el poeta hasta el sancta-sanctorum del escritor consagrado. Es joven, de expresión vivaz; ni alto, ni bajo; fuerte, recio, moreno, tostado por el sol y por los aires, ni atildado, ni descuidado en el atuendo, la negra corbata anudada en lazo sobre el cuello y la pechera de la blanca camisa...

El escritor, cortés, resignado y un tanto escéptico, arrellanado en su poltrona, se dispone a escucharle. El poeta, anhelante, ha empezado a recitar sus versos. La voz se hace, en seguida, firme, entera, pausada o vehemente, segura...

(1) Mis actividades literarias—aparte de la faceta pedagógica—son fundamentalmente periodísticas. En la ocasión en que estas cuartillas se escribieron, cuando un grupo de amigos de Chamizo se reunía en homenaje al llorado amigo, yo no podía manifestarme sino como lo que soy. Y, como, desgraciadamente, no pude entrevistarme con Luis, me «entrevisté» con su obra. Engarzadas en un hilo, no sé si de sutil seda o de burdo algodón, van las gemas preciosas que el poeta dejó esparcidas prodigamente en sus libros fundamentales: «El Miajón», «Extremadura», «Las Brujas». Mi labor es la del que borda una casulla, una capa pluvial, un manto, un frontal. Si el dibujo es bello y acertado, habrá riqueza—la que dejó Chamizo—y arte; si no lo es, habrá riqueza siempre, pero no arte. Y esto es todo.

¡Santo Dios! ¿qué es esto? El escritor consagrado ya no está arrellanado en la poltrona; la emoción le ha ganado; es todo oídos, atención conmovida, emocionada... Y pide más, más versos...

El poeta nació en un pueblo de la Extremadura medular—entre Guadiana y Tajo—; ha frecuentado las aulas y los libros, ciertamente, pero sus manos saben también del noble trabajo manual en la industria heredada de sus antepasados. Ha viajado por los pueblos de su tierra, ha conocido posadas y mesones; ha vivido en el cortijo y en la dehesa; convivió con pastores y porqueros, con carboneros y descuajadores, con segadores y gañanes y participó de sus pasiones y de sus quereres; cortó racimos en la vendimia y se coronó—como Baco—de pámpanos y hojas de vides; bailó con las mozas en las fiestas y anduvo de ronda con los zagales en las noches de luna; ha visto alzarse el sol sobre los campos en los amaneceres y ocultarse tras los riscos en las anochecidas; durmió las siestas cabe las encinas centenarias y pasó las noches en las eras bajo la luz titilante de miriadas de estrellas... Y ha sabido extraer el «mijón», el tuétano, la esencia, el jugo, del alma de su pueblo, de sus «castúos», —«pardos, del color de la tierra»—guardadores en los sentires, en las palabras, en los usos, en los trajes, de la entraña, de lo castizo, de lo eterno, de una estirpe de «machos» que otros días, triunfaron—por decirlo con palabras del poeta—, «trunfaron en América».

El poeta trae en sus versos «un nuevo modo de belleza en las letras», una inspiración nueva, una poesía sana y recia, «limpia de afeites», exquisita y efusiva, cordial, «hinchida de vena cristiana» con la que dice «cosas profundas y eternas». Y las dice también de un modo nuevo, en el lenguaje ancestral—«porqu'icimos asina;—jierro, jumo—y la jacha, y el jigo y la jigüera»—fiero, arrogante y bravo de la gente del pueblo de su Extremadura medular...

Ha cerrado la noche. Se encendieron en el despacho estudio unas luces tenues, veladas. No se escuchan los ruidos de la calle. El poeta sigue desgranando el rosario de sus versos inspirados...

Luis Chamizo ha recibido el espaldarazo de los entendidos. Y ha ocupado, en seguida, por méritos de su inspiración robusta, de su originalidad y su maestría, un puesto de honor entre los consagrados...

* * *

Campo, paisaje.—El poeta ha vivido en el campo; se han llenado sus ojos y su alma de «cielo azul, tierra parda, sol radiante». Veamos cómo lo canta, cómo acertó a plasmar en sus versos, el paisaje, el campo de su tierra.

Va a amanecer. Clarea; se oyen a lo lejos «las risotás de los pastores—y el dolondón de los cencerros». Todo es alegría y paz ahora; una alegría nueva, como recién nacida. Trigueros y cogutas desgran sus trinos en los posíos, en las azadas; los titilillos y los jilgueros «revolotean entre las zarzas y con las chorovitas» se dicen sus quereres entre rosas—«colorás y paliúchas de los huertos». Un milano devana sus espirales en los aires. Una onda restalla; se oye un

silbido. «Después el birimbao de alguna flauta.—Y columpiando roncros cencerros—paso a pasito llegan las vacas». Huele—adobando el resencio—«a tierra húmeda, a peregil silvestre, a yerba cáustica, a romero y tomillo, a almoradú, jarancios, brezos y jaras».

El crepúsculo es breve. El sol, tras dorar las cumbres, luce ya su pujanza sobre los campos que muestran ahora toda su recia contextura.

«Al fondo de la vasta llanura fértil
se yergue, majestuosá, la sierra brava,
ceñía por la comba de los regachos,
que penden, caprichosos, de sus gargantas
como regios cintillos de cuentas verdes
con engarces de plata.»

La sierra brava, donde el matorral de chaparros, charnecas, coscojas, hogarzos y helechos, tomillos y aulagas, jaras y brezos, sirven de guarida a jabalies y lobos, a gatos monteses y zorras jopudas, a milanos y buitres; y entre cuyas piedras aguardan traicioneras «pa jincá sus lengüetas jediondas» las víboras, las tarantelas, los ciempiés y alacranes, y también el inofensivo lagarto pintarrajeado, el barrigudo y torpe sapo, el coneje vivaracho y asustadizo...

«A la vera del lombo, breves alcores,
extensos altozanos, mesetas amplias,
que como desperezos de la llanura
sirven de contrafuerte a la montaña,
y en donde seculares encinas vírgenes
muestran la reciedumbre de su pujanza,
serenas, graves, nobles, como si fueran
el troquel de la raza.»

Y al abrigo de la sierra, el valle, en el cual porqueros y pastores han plantado «sus chozas de helechos y montañas»:

«Al abrigo del cerro de las coscojas,
que reta con sus canchos a la montaña,
torvo y enfurruñado
hay un roillo de tierra llana
que alfombran gamonitas y jaramagos.
cardinchas, gallicrestas y ceborranchas,
en donde muy zurito vierte su córrigo
de limpias aguas

el fragüin que, saltando de risco en risco,
desciende de las morras de la Morgaña,
y en el lecho del llano, sobre la yerba,
trinsao de fatiga, se destiraja,
diciendo, cantarino cuentos de lobos
al doblón, los tamujos y las retamas.»

El «fragüin» saltarín y cantador y el río, que si colma sus recuén-
canos en la «chiringá» y llena sus balsas con el chaparrón, cuando
«ronca la furia de la tormenta», amo y señor, vuelve por sus fueros,
desborda sus aguas, «turbias de rabia».

«y, a la charramanduzca, quiebran mojonos,
derrumban setos, rompen barrancas
y corren por los valles arrempanando
cochinos, cabras, borros, yeguas y vacas.»

El monte, el matorral, la encina, el llano, el río...

* * *

Mañana. En el barbecho resoplan las yuntas, cruje la tierra «a
los cuchinfarrones de las cuchillas», ronca la canga y rechinan los
chinatos, al hundirse bajo tachuelas y herraduras. ¡La canción monó-
tona de la barbechera, de la sementera, y de los posíos, cuyo
ritmo sólo saben los labriegos!

... «canción monótona de notas leves,
de tonos graves, d'extraña orquesta
que resopla y que cruje, ronca y rechina,
restalla y tiembla
bajo los relumbrios de un sol de llamas,
sobre la tierra
que, compasando el paso, labra la yunta,
que lleva la batuta con las orejas.»

Va a ser ya mediodía. Unas zagalas cantan a la orilla del río, la-
vando sus almillas de colorines. Guarrapean las ranas.

«llora el rabel gángoso, silban sus notas
los cañutos de caña:
tiemblan miles de esquilas,
regruñen los lechones, los borros balan,
y en las cuencas de fresno repiquetean
los machotes el himno de la trincaya.»

* * *

Bastían y Mari-Rosa atalayan desde el cerro el paisaje bucólico,
fecundo. Mes de mayo. La tarde es tibia, de sol radiante; horizonte
puro, azul y rosa. Rezonga el agua del arroyuelo. Amarillean las
sábanas verdes de los triguales, con su salpullido de amapolas como
puntos rojos; se bambolean las cañas lustrosas de las espigas; revo-
lotean titilillos y jilgueros; en las ramas de los alcornoques se arru-
llan las tórtolas. Paz, vida mansa, tintineos leves, tonadillas amo-
rosas, plácidas, arrullos del rabel y la flauta de los pastores; revien-

tan las yemas, corre la savia. El viento trae aromas embriagadores,
jugosos, acres. picantes, de romero en flor, de resinas de jaral florido,
de espadañas, juncias y madreselvas...

«El querubín hermoso del primer beso bate sus alas» sobre los
chozos y las cabañas, sobre los riscos y las coscojas...

* * *

Verano. Siesta. Fuego derretido de un sol de plomo. Callan los
musiqueros de las riberas. Ni chillidos de mirlos, ni arrullos de tór-
tolas, ni guarrapeos de ranas, «ni los cucos burlones ni las bubillas
entre las espadañas jacen la ruela». Solamente, resguardadas entre
los pámpanos de las viñas, las chicharras lanzan al aire su monóto-
no rechinado. Es un blando suspiro hondo.

«de calor y cansera;
la canción que suspira
la llanura sedienta.»

De repente sopla la racha de aire solano; la tarde da vahídos; la
copla de las chicharras se hace temblona, angustiosa; se levanta la
polvareda de los barbechos; los remolinos barren las hojarascas, las
levantan, las alzan, las traen y las llevan de los plantíos a los bar-
bechos, de los barbechos a la arboleda otra vez; saltan, i-rincan,
«suben como cohetes, altas, muy altas, jaciendo remetidas y garam-
betas»...

«pasan los remolinos y luego caen,
como pájaros muertos, sobre la tierra.»

Allá, en la «Joya de las Torbiscas», no hay ni siquiera sonsonete
de chicharras. Zumban los negros moscardones, chorrean las jaras
goterones de «pringue» derretida; los borregos yacen, cansinos y
modorros en la sombra de unas matas; las bocas de los mastines,
«con sus lenguas colorás, como las llamas», son cual bocas de fra-
gua que resoplan como fuelles. Las laderas de los cerros, las «joyas»,
las barrancas, se han dormido,

«paecen muertos los pastores, los zagales,
los mastines y los borros y las cabras.»

El bochorno de la tarde entumece los sentidos. Es

«una siesta pa dormía bajún chopo
panz'arriba, junt'al agua.»

* * *

Pasó la «calina» de la siesta. El sol se va «agarbando» tras de la
sierra y tiñe de luz sangrienta la franja de los «baraños». Los can-

tuesos en flor ponen su túnica morada a las lomas del cerro. Los gorriones montesinos vuelan, en bandadas, chirriando, a los canchales donde el sol espejuea con sus últimos relumbres. Es entre dos luces. El esquilón de la iglesia toca «el Angelus» y su tañido manso llega despacito «minando el aire—, con el caracoleo de las barrenas». Se han santiguado los mozos, que vuelven, «alegres y cansinos». a la aldea. A lo lejos, grillos y ranas empiezan a cantar y cantan también, entre las jaras y los brezos, los colorines. Desde la sierra baja, rodando, rodando «el dolondón de los cencerros». Los luceros anuncian las estrellas «y abre la clara luna, azul y blanca, su puerta de oro»...

Y después, la noche de verano, dulce, clara, quieta. Vuela un cá-rabo silencioso. Desde un guapero, un mochuelo, ojos redondos, relucientes, lanza su chillido gatuno al aire en calma...

* * *

Sierras, alcores, altozanos, mesetas, el regacho y el río, la encina, el alcornoque, el matorral; paisaje recio, comprensivo, al que pueden—cual Andrea, la de «Las Brujas»—contársele las penas. Paisaje recio, fuerte, macho, «bronco, adusto, dinámico— ha dicho un comentarista de la poesía de Chamizo—troquel y cuna de aquellos hombres ecuménicos que abrieron para siempre a España las puertas de la Historia Universal». Tal el paisaje de Extremadura cantado por Chamizo.

* * *

Hombres, mujeres; almas, sentires, amores y querer.—¿Y cómo son los hombres y las mujeres, pobladores de estas tierras, de este paisaje, fuerte y duro, los hombres y las mujeres que bullen, sienten, aman, sufren, viven, en estas tierras pardas, de cielo azul y sol radiante? ¿Cómo son los labriegos de Extremadura que el poeta ha sacado a la luz?

Adentrándonos en las páginas de Chamizo:

«Miguelón», el padre de los «chachos», fuerte, recio, manijero, cabal, trabajador, honrado y serio.

Blas, el zagalón «bragao», es el de mejores puños de la comarca, un hombre ya cabal, «forjao por los trajines y templao en el córrigo de las tristezas». Fermín, el otro chacho, «espigao, jorzúo, con agallas». Y Juan, el de la «Petruja», el del pleito con la «Morgaña», que «descuajó, palmo a palmo, los matorrales».

«abrió besana
trazando con dos surcos, según costumbre
la cruz del primer jierro; mostró la entraña
virgen de los posios
el beso del relente y al sol y al agua,
y desde entonces fué labrantía
la madre de los brezos y de las jaras.»

Y amó tanto a la tierra de sus querer, de sus afanes, de sus sudores y de sus lágrimas que, cuando el espinazo «se puso corvo cual la cuchilla de la guadaña», cuando se vió «jundío»—«Justicia de las leyes; güena justicia;—pero mu cara»—sin fuerzas para la brega y el cultivo, la vende a Miguelón—«por lo que valga»—, porque tiene dos hijos «espigaos, jorzúos y con agallas» y tendrá así la tierra de sus amores «tres machos pa defender sus lindes y pa labrarla».

Encontraréis al «tío Perico», el de los consejos, el que no quiere ni las «jesas, ni las yuntas, ni los miles» salidos del arcón del usurero; y a Pedro Cortés, el nieto de Alfonso «la yegüera», pulso firme, puño diestro, «capitán de la «corria» de gallos en Medellín—«seis viajes, seis tajos—seis tajos, seis cabezas»—, gentil y cortésano, en medio del égido, cimbreándose sobre su potro negro y marcando, montera en mano, «garbosas reverencias». Y el novio de «la Petra», cuyos amores—«cariños mu jondos son dambos cariños, querencias mu jondas son dambas querencias»—ni se «zunden», ni se mellan, porque son, ellos,

«más duros que los alcornoques
y más que los jierros de los jerramientos».

Y a «Celipe», el que quiere dejar a su hijo la honra «más limpia que la casa de la Virgen, más blanca que la flor de los jarales»: y al marido de Juana, el de la «nacimiento» que se siente «más honrao, más cristiano, más bueno», al nacerle aquel hijo bajo una encina del «caminito nuevo»; y al mozangón y al muchachote, rudos, relatores de los primores del «desconcierto» y de la emoción de la Semana Santa de Guareña; y a Blas, el de la Juana, el de la «juerza de un queré», luchando con la loba—«eran dos lobos iguales en la juerza eran dos juerzas iguales en la rabia»—por salvar a Rosarillo la zagala «que tamién a Blas quería dende nueva—sin icirle una palabra».

Encontraréis a Frasco Cortés, noble, bueno, comprensivo, inteligente, el del amor hondo, profundo, generoso; y a «Puño e Jierro», el vaquero, toscó y rudo por fuera, sano, noble, cabal por dentro; y a Agustín Valdivia, un tanto pillín y canalla ante el requerimiento de la carne, pero que sabe demostrar con sacrificio heroico «que tiene un corazón dentro del pecho». Y al propio «Tinajero»—el padre del poeta—, firme, «téntigo», duro, de voluntad inquebrantable, recio, domador de la naturaleza brava en la «joya de los buitres, de los lobos y los cuervos»; y a «tío Bartolo» el carbonero, y a Damián el porquerizo, y a Silverio el de las yeguas, y a Lucas el mayoral y a los zagales; a los mozos y a los viejos...

Hombres, hombres,

... «curtíos por el frío del invierno,
y tostaos por el sol de meyodía,
y bañaos por las aguas de febrero
y besaos por la luna cuando duermen
en las eras, junt'al trillo, car'al cielo.»

que os mostrarán, humildes, resignados,

«en la pas de un vivir lleno e trebajos
y en la pas de un viví lleno e miserias
¡el miajón que llevamos los castúos
por bajo e la corteza!

Y ellas. ¡Ellas!: La «Jilandera», la madre santa que con caricias

«sembraba la simiente de sus querencias,
y con la miel de un beso trocaba en bálsamos
el dolor y las penas.

y Mari Rosa,

«la de los ojos de luminarias,
la de los labios como cerezas,
la de los verdes refajos cortos
que, cuando brinca, revolotean
sobre su carne jugosa y blanca
como la leche de las almendras

la repionela,
la gorgorina,
la galrotera,
la charabasca,
la cusculeja:
la Mari Rosa»

amante, tierna, quien, «mudo testigo de una vida fecunda, paciente», sin desmayos,—«Alante, alante, valor, pacencia»—al ramalazo del dolor y la tristeza, al gozar las mieles de un amor puro y sintiendo el vértigo de su raza, fuerte, enérgica,

«sopló la lumbre del hogar santo,
cogió la rueca,
y en un arranque de sangre moza,
firme, resuelta,
llegóse al ara del sacrificio
subiendo al trono de su maestra.»

Y Petra—«qué trabajaora, qué guapa y qué güena»—la de «ojos negros de mirar muy triste», que barre, barre mucho más deprisa la puerta, cuando, temprano, temprano—«y siempre me ice:—Anda con Dios, hombre—y siempre la igo;—Quéate con Dios, Petra»—, pasa el novio camino de la «jesa».

Y os encontraréis a la madre—maternidad tierna, orgullosa—del «chiriveje», la que da al hijo, gozosa, la sangre y la vida, y no «ajuye» la teta porque quiere que luego, cuando mozo, nadie moje la oreja a su pimplollo; y a Rosarillo, la de la loba, tímida y enamora-

da; y conoceréis a Andrea, la guapa, la fuerte, la hembra, que si cae «por la fuerza del cariño», sabe luego redimirse, elevarse, por el sentimiento sublime de la maternidad, y a Mariquilla Valdivia, rumiando en silencio la pena de sus amores muertos; y a «la tía Geneveva», tan al vivo el sentido del honor, de la «jonra»; que le extravía y le perturba la visión clara de lo bueno y lo malo. Y hasta a la «Veora», la bruja,

«Jampuza, cizañera,
retorcía, trapacera,
sabijonda y solapá...»

Encontraréis a las zagalas, «las buenas mozas,

con perifollos en la cabeza,
con gámbainas de colorines,
y pañizuelos de filosedá
con el repulgo de los refajos
a media pierna,»

y el «zagalejo» bordado en colores, que trabajan, cantan, ríen, retozan y son hondas, «jondas», recatadas en sus sentires, en sus amores, en sus querereres...

¡Ellos y ellas!

«que inorantes de las ciencias de los sabios,
las jonduras de otras ciencias descurrieron
cabilando tras las yuntas
en la pas de los barbechos.»

Son ellos y ellas,

«labrantines y labraores,
mozos tallúos, mozas casamenteras...

Son ellos, coplas, risas,
suor, creencias...

Son los cachorros que conquistaron
y conservaron un cacho tierra.

Ellos y ellas, descubridores, cabilando tras las yuntas, de esta verdad sencilla y trascendental:

«que los campos de su Patria
y la madre de sus hijos, son lo mesmo.»

* * *

Fiestas, folklore, gracia.—Venid con el poeta al «jolgorio», a las fiestas del pueblo:

Medellín arde en fiestas. El castillo «soberbio relicario de un pueblo de valientes», «sonríe con sonrisa de titán derrengao», y preside con su aire venerable de siglos. Se van a correr gallos en el «ejío». Los mozos derrochan valor y gallardía en alarde viril de pujanza y de destreza. Viejos y viejas, comadres, labradores «embotaos» por la «brega», mozalbetes, chiquillería endomingada, mozos y mozas peripuestas, y las autoridades y el barbero y el Cura, y el sangrador y el médico. están en el ejido.

«Sonoras, castañuelas.
Cielo azul, tierra parda, sol radiante. Jolgorios,
amorios, querencias...
y una copla bravía desgranando requiebros
en el ambiente tibio de la tarde serena.»

El pregón nos dice las condiciones de la fiesta. Relucen al sol las cachicuernas y las espuelas se clavan en los ijares de los potros. Parten a galope los corredores. Se cruzan apuestas: «Un trago por mi mozo, compadre». — «Por las fajas azules apuesto dos lechones». «Por mi nieto y los rojos, un chorizo del cabo».

«Y entre dos zagalinas,
ya pronto casaderas,
queda un ramo de albahaca
perfumando una apuesta.»

Triunfa Pedro Cortés. Se le nombra «capitán de la fiesta».

«y el pueblo se alborota
le saluda con vivas, le aplaude, le corteja
Y a su paso enrojecen las mocinas tempranas,
le saludan los viejos y le palpan las viejas.»

* * *

Gozad con el pueblo en la Candelaria — «risas, cantares, mosto, bullanga» — y en el Corpus — altares, suelo alfombrado por espadañas, juncias y madresevas — y en la noche de las candelas, cuando cada casa enciende su lumbre junto a la puerta, y en la ronda de los mozos.

«silban las flautas,
locas palpitan las panderetas;
y las sonoras y las bandurrias
y los rabeles y las vigüelas,
en fematinas de notas lánguidas
se regodean.»

Y en la de San Juan, cantaréis y bailaréis con las mozas, alrededor de la hoguera — que ahuyenta a las brujas — mientras los viejos

tocan el rabel y la vihuela y corren el buen vino y las tajadas, para luego, a las doce, rebuscar madresevas, aromos y romeros.

Y el poeta os dirá — cual otro Juan Ruiz, el Arcipreste — de las gulosinas que hace la abuela por Semana Santa — «muchos platos, muchos; cada uno de su casta; potingues, guisotes, cosinas, dulzainas»

«pa ponerse jartete y pa dirse
a los morumentos pa vé las muchachas»

Y conoceréis las supersticiones del «mal de ojo» y de las brujas, y al «saludaor» y a la «curandera» haciendo ensalmos — «mira la curandera de reajo — pal chinero que guarda sus bártulos — y jaciendo caroñas y guiños — se santigua con un garabato» — y a la «Veora» — «tó lo oye. tó lo vé, tó lo ausma, tó lo advierte» — zurcidora de voluntades, como «Trotaconventos».

Venid con el poeta. Saborearéis la poesía, el encanto de las noches de ronda, cuando

«vienen los mozos de puerta en puerta,
dándole al jarro.»

Y al sonsete de la cadencia
dicen a dúo su gerineldo
de coplas dulces, finas, serenas
cual la llantina de los juagarzos
en las fogatas de mil lengüetas».

y hasta la gracia del «fandango» con sus coplas picantes, intencionadas:

«Contetete me puse
y alborotao
al sabé que mi suegra
l'había diñado;
pero mi mujé quiso
que yo sufriera
y al parir a mi hija
parió a mi suegra.
¡Que mala pata
tienen algunos hombres
cuando se casan!

* * *

En los libros del poeta — «El Miajón», «Extremadura», «Las Brujas», tenemos la epopeya del pueblo humilde, trabajador y «pardo» — «del color de la tierra» — de esta Extremadura medular. La epopeya del pueblo, que ha quedado indeleble, para siempre, eterna y jugosa, como en «El Libro del Buen Amor» del Arcipreste quedó la de otrora.

Sentémonos en la poyata a la puerta del cortijo. La noche es sosegada, tranquila, dulce y quieta. Titilan las estrellas. La clara luna, azul y blanca, acaba de salir. Guarrapean las ranas y chirrían los grillos; suena a lo lejos—acaso Blas que enduerme a Rosarillo—el cadencioso trino de una flauta de caña y «una vieja canción de amores pasa cuchicheando con el viento». Ladra un mastín. Después silencio: han callado un momento los grillos y las ranas. El regacho de agua clara cabrillea a la luz de la luna. Huele el aire a tomillo florido del lindero. Una vaca ha dado un «dolondón» con su cencerro. Suena el tintineo cristalino de la campanilla de una cebra. Vuela un cárabo silencioso. El mochuelo, ojos redondos, relucientes, lanza su chillido gatuno a la noche estrellada...

No canta ya el poeta. Se fué; no está. Pero no ha muerto. Lo recogió la gloria. Acertó a plasmar en páginas perdurables «lo inmutable, lo eterno y también lo que pasa, lo que, de otra suerte, quedaría en el olvido». El poeta no ha muerto; vive en sus versos. Es inmortal.

SANTOS DIAZ SANTILLANA



IDEARIO EXTREMEÑO

Pues hermanos y señores—ya sabeis syn que os lo diga—que se ganen los honores—con grandissima fatiga—de manera—que obligado cualquiera—y con todo su poder—a seguir tras su vandera—hasta morir o vencer.

TORRES NAHARRO

EL SECRETO

(ESCENAS INFANTILES)

—«Puesto que me has cogido comiéndome esta tarta,

es razonable y justo contigo la reparta.

Para mí todo el dulce, pero... avaricia fuera

si la guinda del centro también me la comiera.

Espero que, inconsciente, no pretendas quejarte...

¡Lo mejor de la tarta acabo de entregarte!

¿Me miras con asombro? Mi gran desprendimiento

debe llenarte el alma de fraternal contento...

Como eres tan pequeño, no entiendes de estas cosas;

pero esta acción de hermano, ¡es... de las más hermosas!

No dirás nada a nadie. Los hombres, que lo son,

antes mueren valientes que cometen traición;

y bachiller a medias, emulando al Rey Midas,

hierático, solemne: —«Preciso es que decidas.

Y si al fin no resistes y has de hablar indiscreto,

haz un hoyo en la tierra y esconde tu secreto.

Si alguien te preguntase, no has de pasar mal rato;

dices sencillamente: —«Se la ha comido el gato».

El hermano pequeño marchó luego al jardín,

mientras se relamía recordando el festín.

La madre está bordando bajo el almendro en flor,

apoyado en el halda su breve bastidor.